

Luego Dios estaba allí.

Luego el martirio es una prueba luminosa de la divinidad de Cristo.

LA DOCTRINA

DE LA IGLESIA PRUEBA LA DIVINIDAD DE CRISTO.

El Evangelio y la Iglesia son los testigos de una doctrina y de hechos maravillosos que se han realizado en medio del mundo.

Dios debe á su majestad, á su grandeza, no intervenir en la vida del género humano, por el ejercicio excepcional de su poder, sino para instruir y disciplinar á las almas.

Los signos extraordinarios que emplea, revelándonos su presencia, dan á su palabra una autoridad soberana que hunde á la razón en los abismos de lo incomprendible, sin que se arredre, y lleva á la voluntad hasta las cimas de la perfección, sin que la espanten las asperezas del camino.

Toda doctrina debe prestar su apoyo á los hechos extraordinarios que le sirven de introductores en el mundo, y para esto basta que la razón y la con-

ciencia no descubran en la doctrina nada de absurdo ni de inmoral.

Lo absurdo y lo inmoral son, dice el P. Monsabré, como manos fatales que arrancán á las falsas maravillas la máscara bajo la cual seducen nuestra credulidad, y nos hacen ver de ese modo su tenebroso origen.

Si, pues, la doctrina evangélica, predicada por la Iglesia, que es el gran testigo, está limpia de todo absurdo y de toda inmoralidad, es evidente que ella permite á las maravillas verdaderas el que obren sobre la razón con toda la fuerza que les es propia.

De manera que de las maravillas que sirven para introducir una doctrina en el mundo, hay, por decirlo así, una irradiación de luz sobre la doctrina, y al mismo tiempo la doctrina debe reflejar sobre ellas verdad luminosa y su moralidad irreprochable.

La doctrina de la Iglesia es una doctrina que maravilla y que asombra.

El primer carácter de esa doctrina es la plenitud, y la plenitud de una doctrina consiste en que responda, por principios ordenados entre sí, á todas las cuestiones que instintivamente se propone el entendimiento humano.

El hombre, por un instinto irresistible, se pregunta, y se ha preguntado siempre, qué cosa es él, de dónde viene, á dónde va y qué debe ser.

La Iglesia presenta de un solo golpe la solución de los importantes problemas de nuestro origen, de nuestra existencia y de nuestro destino.

Ella habla, y no solamente satisface á la razón, sino que la inunda de una luz divina de que la razón carece.

El punto de partida, para saber lo que es el hombre, tiene que ser el que lo hizo, porque él no se hizo á sí mismo. Y la Iglesia enseña que hay un Dios que ha sido siempre, que es y que será; que es un sér sin causa, uno sin composición, más inmenso que los espacios infinitos recorridos por nuestra imaginación impaciente.

La Iglesia enseña más: ese Dios, que es por sí mismo, vive y es fecundo; su naturaleza indivisible se comunica, sin partirse, á tres personas distintas.

Y á la luz de esa doctrina, vemos el movimiento en lo inmóvil, la generación en lo incorruptible, la procesión en lo inmutable; tres vivientes, en una sola y misma vida.

Ese Dios, impulsado por su amor, por su deseo

de difundir el bien que está en El, comunica á otros el sér y la vida.

Entonces habló y creó todo, porque hablar en El es crear; *Dixit et facta sunt*: desde entonces el cielo y la tierra, el espíritu y la materia, aparecen en el Universo.

Todo depende de El: desde el más brillante de los serafines hasta el más oscuro de los átomos.

A su tiempo aparece un nuevo ser: en él la materia sube y el espíritu baja, y ambos se abrazan en una sola vida, en la que Dios ha resumido el mundo inferior y ha reproducido más vivamente su imagen santa.

Esa creatura es el hombre: su espíritu está inundado de luz; su corazón es el santuario de la justicia y de la gracia.

La corrupción natural de sus miembros queda contrabalanceada por una omnipotente virtud, que lo configura á la inmortalidad divina.

Atraviesa el Edén como un viajero que va á su morada por senda florida.

En ella ha de ver á Dios en los esplendores de su gloria: ese es el término de su destino, verlo entre fulgores sin sombras, á las claridades de su esencia, en la verdad de su ser.

Este es el hombre, este es su origen, este es su destino.

Pero se dirá, la triste experiencia ha demostrado que el hombre no es ese rey tranquilo, ese sacerdote pacífico, ese viajero afortunado.

La experiencia enseña que su espíritu no está inundado de luz, que su corazón no es el santuario de la justicia, que la corrupción en él es inevitable.

La copa de nuestra vida está llena de amargas lágrimas y el cuerpo á cada instante se debilita, para convertirse al fin en polvo seco.

Este misterio que ha preocupado á los más grandes genios, la Iglesia lo explica en su doctrina sencilla y admirable.

La humanidad santificada en su origen por el soplo divino, quedó, porque así lo quiso ella, corrompida por el soplo de un ángel malo.

De allí procede ese océano de miserias: no se perderá en él, la humanidad pecadora. Dios le dió un salvador, en la hora misma en que los felices moradores del Edén contemplaban su desnudez y su abyección vergonzosa.

Allí les prometió este libertador, y este liber-

tador era el Verbo de Dios que se hizo hombre en el seno de una virgen; y ese libertador hecho hombre fué adorado en el pesebre, en la vida pública, en la cruz, y hoy se le adora glorificado en los cielos.

Fué Maestro y Redentor: dejó caer de su boca de oro enseñanzas sublimes, su sangre esparcida apaciguó la cólera santa y colmó los abismos de la justicia divina.

El aseguró la perpetuidad y la infalibilidad de su doctrina, que guarda una sociedad viva é inmortal, abrevada de la luz del Espíritu Santo.

El nos aplica sus méritos, nos penetra con su gracia, nos incorpora á su humanidad; hace de todos nosotros un cuerpo del cual es la cabeza mística: su ley santa y perfecta, luz de la conciencia y regla de la vida, se resume en una sola palabra: *amar á Dios y amar al prójimo.*

No hay que temer la hora fatal de nuestra disolución: los días de la muerte están contados, sus mordeduras quedarán curadas.

Jesús, que nos ha santificado, recogerá nuestros huesos dispersos, y entonces nuestros cuerpos luminosos é incorruptibles vencerán á la muerte. He aquí la doctrina de la Iglesia apenas deli-

nada, y, sin embargo, ese compendio basta para demostrar su inmensa plenitud.

Dios, el hombre, el mundo, el pasado, el presente, el porvenir, todo está definido en las afirmaciones que acabamos de indicar.

Fuera de la Iglesia no hay una cosa semejante.

No hay un sistema cuyos dogmas se completen, cuyas afirmaciones se sostengan, cuyas proposiciones se enlacen, formando con su conjunto el edificio grandioso, completo y sorprendente que acaba de bosquejarse.

Los sabios del mundo han humillado á la Majestad Divina, confundiéndola con lo que pasa; han relegado el principio de todas las cosas en un cielo lejano, desde donde su inmóvil egoísmo, contempla nuestras miserias; han puesto el origen del mundo en una eternidad problemática; nos han hecho salir de un gérmen despreciable; espantados de nuestra miseria y de nuestros males, nos han arrojado sin piedad en las manos brutales del fatalismo; han exajerado el honor de la virtud, en provecho del orgullo; han dividido el género humano en castas enemigas; no han conocido el amor, más que para ahogar sus expansiones, y no han propuesto á nuestras esperanzas más que la

nada, las transmigraciones insensatas de un alma siempre perseguida por sus imperfecciones, el paraíso grosero de los sentidos y el cielo de los brutos.

Tales han sido las locuras y los extravíos del espíritu humano que los sabios han llamado sistemas de filosofía.

En esos sistemas había alguna verdad mezclada á muchos errores, porque el hombre nunca ha podido libertarse de la tendencia que lo lleva á la verdad.

“Si hubiere habido entre los filósofos, decía Lactancio, un hombre demasiado sabio y demasiado ilustrado, para reunir en un mismo cuerpo las verdades dispersas, su doctrina hubiera sido enteramente semejante á la nuestra. Pero esto no podía hacerse, sino por aquél que hubiera poseído la verdadera ciencia, y la verdadera ciencia es el patrimonio de aquellos á quienes Dios mismo se ha dignado enseñarla.”

La plenitud de la doctrina de la Iglesia, tocante á los puntos fundamentales de que el hombre puede darse cuenta por las fuerzas propias y originales de su inteligencia, le parecía á Lactancio una maravilla. Y lo es en verdad.

Pero hay en la doctrina de la Iglesia algo más; la plenitud de esa doctrina es una plenitud sobrenatural.

Enseña lo que la razón no puede concebir.

La vida de Dios en tres personas distintas; los abatimientos, los dolores y las expiaciones de un Reparador divino; la gracia que nos hace participar de las operaciones de Dios; la incorporación mística del Verbo encarnado que diviniza en cierto modo los actos más vulgares de la sociedad cristiana; el alimento del hombre nutriéndose de Dios mismo; las sublimes audacias del amor por medio del cual, el que es nada, se aproxima familiarmente al que es todo; la misteriosa transfiguración que nos pone en posesión de la esencia divina, sin que jamás nos confundamos con ella.

Estas afirmaciones, inexplicables en sí mismas, explican todo al hombre.

Y esas enseñanzas no son el resultado del trabajo intelectual de muchas generaciones.

En dos momentos se hicieron, como están hoy.

Dos montañas; el Sinaí y el Gólgota, atestiguan la espontaneidad de su origen.

Esta plenitud de la doctrina, quiérase ó no, nos lleva sobre la naturaleza; esto prueba, eviden-

temente, que esa doctrina no es más que la palabra de un hombre que no es de este mundo.

Cristo es quien nos revela el origen de los dogmas sublimes y armoniosos que la razón no puede por sí misma descubrir.

Por eso El decía: "El que es de la tierra, habla de la tierra, y el que viene del cielo, está sobre todos y da testimonio de lo que ha visto y de lo que ha escuchado."

Doctrina tan completa, que responde á todos los problemas más interesantes para el hombre, que constituye un todo armónico y completo, es una obra divina.

Si, pues, Cristo enseñó esa doctrina, ella revela su divinidad.

La doctrina de la Iglesia, por razón de su plenitud, que es el primero y el más brillante de sus caracteres, admirablemente demuestra la divinidad de Cristo, que derramó esa doctrina por el mundo y fundó la Iglesia para que conservara aquellas enseñanzas, como un tesoro de luz inextinguible, de verdad inefable.

Pero la doctrina de la Iglesia no sólo tiene ese

carácter de plenitud, que tanto admira y sorprende tanto.

Tiene otros tres caracteres no menos luminosos, ni menos admirables.

La doctrina de la Iglesia tiene claridad en lo profundo de sus enseñanzas, unidad en la difusión, estabilidad en medio de las contradicciones.

No cabe duda que en la doctrina de la Iglesia hay dogmas profundos.

El origen, la vida, los destinos del hombre, están envueltos en un tejido de misterios, en cuya presencia la razón humana se sorprende y se admira.

Pero admira y sorprende más la claridad de las fórmulas de que se vale la Iglesia, para proponer á nuestras inteligencias estos misterios insondables.

Cuando el hombre habla de cosas elevadas y profundas, de cosas que se encuentran en lontananzas poco frecuentadas por el pensamiento, su lenguaje difícil lleva el signo de los esfuerzos que hace su entendimiento.

Por más que el hombre se extasie ante las apariciones de la verdad y se eleve sobre sí mismo por el atractivo que en esa contemplación encuen-

tra, desde el instante que quiere traducir, que quiere fijar en la palabra las formas intelectuales que ha contemplado, se siente impotente y débil.

Las palabras rebeldes parece que acusan su impotencia.

Sin embargo, habla, escribe; pero su palabra, hablada ó escrita, no describe, no enuncia, con claridad suficiente, las concepciones de su alma.

Y esto se advierte aun en escritores que hablan la verdad.

Cuando los maestros del error son los que hablan ó los que escriben, entonces la oscuridad sube de punto: es la noche, como dice el Padre Monsabré, la noche con las falsas estrellas de un estilo pretencioso.

Basta abrir, para convencerse de esta verdad, los volúmenes que se escriben fuera de la Iglesia y que tratan cuestiones de las que propiamente se llaman de filosofía religiosa.

Sólo la Iglesia católica es clara en la exposición de sus profundos misterios.

Sólo la Iglesia católica, ninguna otra religión, ninguna otra filosofía, tiene catecismo.

El catecismo es un libro de pequeñas dimensio-

nes y de bajo precio, en el cual se exponen, en términos claros y que todos conocen, los dogmas más elevados.

Los sabios del mundo se han guardado muy bien de producir un libro de este género. Ellos, con escrupuloso empeño, monopolizan sus ideas.

Esta avaricia intelectual es de todos los tiempos.

Los brahmanes, los hierofantes, los magos, los druidas, los filósofos griegos, han dividido sus enseñanzas: guardan para sí los principios superiores que no convienen, según ellos afirman, más que á la aristocracia privilegiada de las inteligencias, y no dejan al pueblo más que restos groseros del banquete opíparo que ellos sirven á sus inteligencias en los oratorios secretos, en los antros sagrados de los bosques, en los pórticos reservados de los Ateneos.

Por eso el mundo antiguo tenía una doble doctrina: una interior y otra exterior, una misteriosa y otra popular.

Nuestros sabios contemporáneos, no obstante el gran ruido que hacen con su apostolado, estiman de un modo singular esta división de la doctrina.

Les repugna entregar sus grandes elucubraciones á los errores y torpezas de la muchedumbre.

«La humanidad, decía Renan, se compone de algunos individuos excepcionales. . . . Con tal que este pequeño número pueda desenvolverse libremente, poco se ocupará de la manera con que el resto proporcione Dios á su altura.»

La Iglesia no conoce ni esas delicadezas pretenciosas, ni esos soberbios desprecios.

Destinada á enseñar á todas las naciones, prodiga á todos lo que tiene de más elevado, de más profundo y de más sano.

Por diez centavos ó por nada, porque la Iglesia gusta de dar siempre, el pueblo puede tener en su mano la teología y hacerse el honor y tener el gusto de aprenderla de memoria.

Todas las grandes verdades están tratadas en el catecismo.

En ese libro se encuentran sencillas y admirables definiciones de Dios, de la creación del hombre, de la Trinidad, de la Redención, de la gracia, de los sacramentos, del cielo.

De los labios de un niño que ha aprendido el catecismo caen palabras como estas: «La Trinidad es el misterio de un solo Dios en tres personas; es-

tas tres personas son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, pero no hay tres Dioses. Las tres personas son tan antiguas la una como la otra, é iguales en todo.» El niño que pronuncia esta palabras, dice lo que el filósofo ó lo que el teólogo más profundo: Yo no comprendo este misterio, pero yo veo con claridad lo que estas frases dicen. Esto indica que la fórmula es clara, y una fórmula no puede ser clara, sino cuando aquel que la concibe ha visto y definido bien lo que en esa fórmula se encierra.

Si el pensamiento no ha podido concebirse con claridad, no ha podido formularse con claridad.

«Los sueños y las quimeras, dice el P. Monsabré, no tienen este esplendor ni esta precisión vigorosa.»

Si, pues, la fórmula cristiana es de claridad deslumbradora, el pensamiento en ella encerrado, es obra divina, porque solo un ser divino puede ver con claridad lo que es un misterio insondable para la humana inteligencia.

Pero no sólo es clara en su profundidad la doctrina de la Iglesia, es también una en su difusión.

Este es un carácter propio de la doctrina que la Iglesia propaga.

Las enseñanzas filosófico-religiosas, aunque reservadas á espíritus escogidos, se dividen á medida que se difunden.

De Francia á Inglaterra, de Inglaterra á Alemania, de Alemania á Persia, de Persia á la India, de la India á la China, de la China al Japón, las cuestiones fundamentales sobre el origen, la vida y los destinos humanos cambian de aspecto en cada país, siempre que se interroga á la ciencia. Pero si sobre ellos se interroga á la Iglesia se admira la unidad más sorprendente: en el fondo de las estepas de la Tartaria, en las sombras de los bosques inhospitalarios que habita el Cafre y el Hotentote, en cualquiera de las islas perdidas de la Oceanía se encuentran siempre, si se pregunta á la Iglesia, las mismas afirmaciones doctrinales.

Un solo Señor, un solo bautismo, una misma fe: tal es la divisa de la Iglesia.

Aun antes de que esta unidad en la difusión, hubiese adquirido la fuerza que hoy tiene, San Justino no temía proponerla á los griegos, sus antiguos colegas en filosofía, como un argumento sin réplica.

“La ignorancia de nuestros maestros sobre las cosas divinas, decía este filósofo griego, está suficientemente probada por sus mutuas disensiones.”

“Los nuestros no tienen más que una misma lengua y una misma boca, su acuerdo sobre todos los puntos es tan perfecto como firme é inalterable, aunque hayan escrito en diversos tiempos y en diversos lugares.”

Queda todavía un tercer carácter de la doctrina de la Iglesia: la estabilidad en la contradicción.

El tiempo es por sí solo una causa de ruina para las doctrinas humanas, envejecen por la acción del tiempo y el tiempo las hace pasar, sin violencia, del favor al olvido.

Y si al tiempo se agrega la contradicción, la suerte de una doctrina queda fijada sin remedio: el día precisamente de su nacimiento, puede ser el día de su muerte.

“Poseemos en nuestras bibliotecas, dice el P. Monsabré, los restos ilustres de esas hecatombes y os confieso que contemplo con lástima tantas ideas sepultadas en la muerte, que en otro tiempo se levantaban vigorosas y eran acogidas por las inteligencias con entusiasta apresuramiento.”

El tiempo no ha podido hacer que envejezca la doctrina de la Iglesia, ni la contradicción le ha hecho perder nada de su original plenitud. Y nótese que ninguna otra doctrina ha sufrido los rudos ataques que contra la doctrina católica se han desplegado, siglo por siglo y casi día por día.

Nada ha faltado para probar en su marcha á la doctrina católica; ni la contradicción del espíritu, ni la contradicción de las pasiones, ni la contradicción de los hombres de palabra, ni la contradicción de los hombres de pluma, ni la contradicción de los hombres del poder.

Nuestra misma razón, humillada por las profundidades de los misterios, mil veces se rebela contra ellos.

Otras veces la lucha se agita en la región tenebrosa de los apetitos de las pasiones.

Los hombres de palabra han corrompido su enseñanza, aun en el ejercicio de la misión que la Iglesia les había confiado. Los hombres de pluma han escrito pacientemente páginas sobre páginas, volúmenes sobre volúmenes, para probar que la Iglesia se engañaba sobre un punto ó sobre otro, ó sobre todos al mismo tiempo.

Los hombres del poder han legislado á la som-

bra de su espada, contra la doctrina augusta que contiene todo dogma y toda ley, y después de tan valerosos esfuerzos se han sentado tranquilamente en su solio aguardando los acontecimientos.

Los acontecimientos han venido.

“La doctrina de la Iglesia siempre contradicha, siempre atacada, ha sobrevivido, dice el P. Monsabré, á los esfuerzos conjurados de los herejes, de los filósofos y de los poderes públicos.”

“De pie como un gigante, mira con ojo sereno la espantosa confusión de los pigmeos que se agitan y desaparecen bajo sus piés vencedores. Ella hace pedazos entre sus dedos, los tratados, los libelos, los opúsculos y las cartas que la injurian y decretan su muerte. Ella rompe los nudos y las ligas con que los políticos rodean sus robustos brazos. Ella se ríe de los golpes con que los pontífices coronados hieren sobre el triple acero que cubre su pecho.”

La doctrina de la Iglesia se establece en la contradicción.

Preciso es entonces repetir: “El que vino del cielo está sobre todos y da testimonio de lo que ha visto y de lo que ha escuchado.”

La doctrina de la Iglesia está sobre el hombre

de palabra, sobre el hombre de pluma, sobre el hombre del poder, sobre las audacias de las pasiones, sobre las rebeliones del espíritu.

El es quien afirma así su propia doctrina contra todas las contradicciones: está arriba del tiempo y del espacio. Es El quien por su única y misteriosa penetración agrupa á los espíritus de todos los lugares y de todas las épocas en derredor de las mismas afirmaciones doctrinales. Ha visto y ha oído los más profundos misterios y es El quien dicta sus fórmulas sagradas.

Por eso esas fórmulas son sencillas, claras y al alcance de todas las inteligencias, grandes y pequeñas.

En una palabra, que resume todas estas consideraciones: la doctrina de la Iglesia es divina, luego Cristo es Dios; luego la doctrina que ha propagado en el mundo, anuncia su divinidad y la prueba al mismo tiempo.

GRAN MOTIVO PARA CREER EN LA DIVINIDAD DE CRISTO

La Iglesia Católica cree en la divinidad de Cristo y la Iglesia Católica es la tercera parte de la humanidad.